

# El mentidero de la Villa de Madrid



Nº 675 – Viernes 9 de septiembre de 2022

## Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **La Trampa**, *Emilio Álvarez Frías*
- ✚ **Una «amable licencia» corregida, y disculpada**, *Manuel Parra Celaya*
- ✚ **Nuestro vengativo Lenin**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Sólo sí es sí**, *Esperanza Aguirre*
- ✚ **¡No dejes entrar al viejo!**, @... (*Ricardo Martínez*)
- ✚ **Las espadas**, *Sertorio*

## La trampa

**Emilio Álvarez Frías**

«Se veía venir». Es lo primero que largó Juanjo, el profesor de matemáticas del Instituto Las Vistillas, al entrar en el mentidero instalado desde hace años en la tasca de Pepe, un manchego que vino de joven desde Villanueva de los Infantes, al terminar su servicio militar, con la pretensión de intentar «hacer fortuna» en los madriles, yendo a caer en uno de los bares de la Plaza Cascorro dedicados a preparar los mejores caracoles que se pueden



comer en el mundo entero. Allí permaneció Pepe haciéndose con el oficio, hasta que se prendó de una moza del barrio y decidió montar una modesta cantina que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en el lugar más destacado de la calle Carlos Arni-ches esquina a Plaza del General Vara del Rey. Con el tiempo Casa Pepe se

convirtió en el mentidero de aquella parte del barrio, donde los días que se montaba el mercadillo de El Rastro no había forma de entrar.

El saludo de Juanjo de «se veía venir» con todo su vozarrón puso en ascuas a todos los que en las distintas mesas le daban a las cartas, ya fuera el julepe, el tute, el mus, a la brisca, o a cualquier otra variante, pues todas se practicaban ya que había gente «p ató» que diría el torero.

Juanjo soltó lo que traía ganas de decir, pues en cierta medida estaba indignado, toda vez que a las cuatro de la tarde se sentó ante la tele, con lo que le aburría, para escuchar el cambio de opiniones entre el presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, y el candidato al sillón, Alberto Núñez Feijóo en el Senado.

–Pues que me he sentado a las cuatro de la tarde ante la tele – dice Juanjo– para ver qué se decían Sánchez y Feijóo, y después de esperar un montón de tiempo lo único que veo es la Vuelta Ciclista a España, que, no es por prestigiar a este deporte, pero a mí no me importa un carajo. Y es que, después de tanto anuncio, no lo van a televisar.

–Pues es verdad, –dice Pepe al oír el comentario del profesor–. Yo no me he dado cuenta y, como ves, he dejado lo de la Vuelta por si alguien quería verlo...

–A mí se me olvidó –dice Ricardo, el guarnicionero–. Y eso que estaba interesado en saber si Pedro decía alguna verdad y Feijóo le mojaba la oreja como viene haciendo de vez en cuando.

Y con este introito, se lió la discusión. Que si otra vez nos toma el pelo, que si le ha puesto la trampa a Feijó para que no se luciera, que así luego los gacetilleros de la prensa financiada por el gobierno loarían a su benefactor, que no habría dicho ni una verdad, que habrá reflejado una España maravillosa



en la que casi todo el mundo trabaja como se ve en las estadísticas del INE, que él se está moviendo de aquí para allá para convencer a los gobernantes del mundo de que deben seguir los programas de España,... no dándole tiempo a Feijóo para exponerle todas las barbaridades que pone en marcha de la mano de sus pésimos ministros, que

no ha dicho nada con respecto a la actuación contra España de la exministra Trujillo (del PSOE) al afirmar que «Ceuta y Melilla son una afrenta a la integridad marroquí», que se siguen trasladando etarras a las cárceles vascas como el último caso del asesino Txapote, que en Cataluña dan orden a todos los maestros de que enseñen en catalán pasándose por debajo del puente las decisiones del TSJ, y un sinfín de tropelías más que nos cuenta a diario la prensa.

Juanjo aclara que él quisiera haber oído lo que decían uno y otro sobre la educación de los jóvenes, la anulación del plan de enseñanza de la Celáa (y qué hace esta señora de embajadora en el Vaticano), el bochorno que estamos pasando al ver que la primera universidad española en el ranking internacional está la Autónoma de Barcelona en el 178, la de Barcelona en el 184, la Autónoma de Madrid en el 215, la Complutense de Madrid en el 226,... que podrán variar más o menos según quien lo analice, pero que es una vergüenza

para España, a pesar de que los mejores universitarios que de ellas salen tienen trabajo asegurado en el extranjero...

Y durante más de dos horas la bronca se va extendiendo entre los jugadores de cartas y los vecinos que se incorporaban con la intención de tomarse una caña y que no perdían comba para opinar.

Allí los dejamos, en el mentidero de Casa Pepe, poniendo pringoso a Pedro Sánchez por sus trampas y mentiras, por engañar permanentemente a los españoles, por su falta de honestidad con quien le paga el sueldo y le permite utilizar el Falcon siempre que se le ocurre. Y eso que no saben nada de lo que se habló en el Senado, pero se adivinaba. Seguramente que otro día vuelven sobre el tema.

---

## Una «amable licencia» corregida, y disculpada

Manuel Parra Celaya

Algunos domingos suelo leer el *ABC*, y no por coincidir necesariamente con la línea editorial de *Vocento*, sino por la calidad de alguna de las colaboraciones y por contrastar la información con la que ofrecen otros medios. Suelo detenerme en «*la tercera*», normalmente bien escrita y en profundidad, aunque discrepe de la opinión vertida; sobre todo, no me pierdo en la revista *El Semanal*, que acompaña al diario, el artículo de mi admirado Arturo Pérez-Reverte y la envidia de la sección «*Animales de compañía*», del no menos admirado Juan Manuel de Prada.

Siendo esto así, el pasado domingo me entretuve largo rato con la segunda entrega de la *antropología capitalista* del último autor mencionado, con un buen artículo sobre Manolete de Andrés Amorós, capaz de incluir una simpática referencia de Rafael García Serrano, y me agradó también la colaboración de Hughes titulado «*Santiago o la Asunción*», especialmente dedicado a la manipulación de la figura de Federico García Lorca por parte de la izquierda.

En él, escribía el periodista de «*Columnas sin fuste*» que el asesinato del poeta en 1936 «*tiene brutalidades de aquí, oscuridades locales, odios concretos que pudieran alejarlo de lo puramente ideológico*», rasgo este último que «*sí aparece con toda claridad en otros asesinatos, indignos al parecer de recuerdo, como el del escritor Ramiro de Maeztu*», al que califica de «*el intelecto más fértil de la derecha*».

Lanzado en esta dirección, Hughes cita otros asesinados por el Frente Popular, como Víctor Pradera, Calvo Sotelo... y José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos. Efectivamente, todos ellos fueron asesinados entonces y, ahora, relegados al silencio o al olvido interesado. Saca el autor del artículo la consecuencia de que la derecha actual «*no es heredera intelectual sino patrimonial*» de aquellos muertos y «*usufructúa mitologías ajenas en evolución*», frase que puede parecer algo críptica pero con claro significado para los que observamos los derroteros de la diestra actual.

Sin embargo, comete un importante desliz –quizás involuntario, por desconocimiento profundo del tema– y es situar a José Antonio y a Ramiro en el campo de la derecha, a pesar del epíteto de *revolucionario* que añade como compromiso o intuición.

Ambos asesinados –uno en Alicante, otro en Aravaca– rechazaron explícitamente encasillarse en la derecha o en la izquierda, como discípulos que fueron de José Ortega y Gasset, para el que esta división encerraba una suerte



de *hemiplejía moral*. José Antonio en concreto, que procedía del ambiente de la derecha, adoptó un nuevo talante y desarrolló un ideario inequívocamente revolucionario, por influencia del jonsismo ramirista especialmente, y llegó a ser tildado de «*bolchevique*» tras ex-

presar en el Parlamento republicano sus pretensiones sobre la ineludible Reforma Agraria. En cierta ocasión, en otra intervención parlamentaria y ante las palabras de otro diputado sobre su *derechismo*, respondió con cortesía que este encasillamiento era, en todo caso, una «*amable licencia*» de su oponente.

La Falange joseantoniana –«*síntesis de tradición y revolución*», según sus palabras– tuvo que acudir en solitario a las elecciones de febrero del 36, sin encontrar ni un resquicio de simpatía por parte de los partidos de la derecha española, a los que había fustigado. No es el momento de entrar ahora en las circunstancias que rodearon su fusilamiento el 20 de noviembre de 1936; con todo, es sintomático que, como recuerda el articulista de *ABC*, las últimas palabras de su testamento fueran «*Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles*»; y añadía «*Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia*», recogiendo así otra aportación de Ledesma Ramos.

Por lo tanto, podemos considerar la inclusión de José Antonio y de Ramiro en la derecha que nos hace el autor de la columna de *ABC* como otra «*amable licencia*», que se puede disculpar por haber recordado a los lectores a aquellas figuras históricas de relieve, y cuyas aportaciones al pensamiento español contemporáneo nos podrían echar algo de luz para el presente.

Hoy como ayer, parece existir un feroz empeño, no solo en contar *una parte de la historia*, omitiendo el resto, sino en que los ciudadanos del siglo XXI sigan encasillándose en las definiciones mostrencas de izquierda y derecha. Y, como también expresó poéticamente José Antonio, a España hay que mirarla con los dos ojos, de frente, como se contemplan todas las cosas bellas, y no con un solo ojo. Junto a la necesidad de salvaguardar los valores tradicionales y heredados, existe también la urgencia de buscar nuevos caminos de justicia y de libertad, que garanticen la satisfacción plena de trabajo digno, vivienda y educación, por ejemplo.

Mucho me temo que ni la izquierda en el poder y la derecha en la oposición en este momento (y a la inversa, quizás, en el futuro) acierten en el logro de una tarea integradora, *nacional* en suma, pues los intereses partidistas siguen prevaleciendo sobre la realidad atormentada de España.

---

## Nuestro vengativo Lenin

Me sorprende que nunca –o casi nunca– se recuerde una actitud de Largo Caballero que en cualquier democracia supondría su descalificación y desprecio: la planificación y ejecución de la venganza política

Juan Van-Halen (*El Debate*)

**M**i viejo amigo y compañero en el Senado, José Ignacio Palacios Zuasti, escribió un interesante artículo: *El Lenin de los ojos bonitos* sobre el golpista Francisco Largo Caballero cuyo objetivo declarado era imponer la dictadura soviética. Ussía y Pérez-Maura se refirieron a este excelente trabajo. He estudiado y publicado, aquí y en otros medios, sobre el Lenin español que cuenta con un monumento en Madrid, y gracias a Palacios Zuasti supe de esos 200.000 euros que se dedicarán a homenajear a este tipo



humana y políticamente despreciable.

En los hechos que recuerda Palacios Zuasti lo que menos me interesa es que el inefable Miguel Iceta, ministro de Cultura y alegre bailarín, se sienta «legítimamente orgulloso» del personaje, quiera «recuperar su historia» –¿aún más?– y declare su

éxtasis ante «esa mirada clara de ojos tan bonitos»; allá cada cual. Lo que me interesa, y más en los tiempos que corren, es la mentira histórica. Mentir la Historia supone condenar a las nuevas generaciones a no conocer la realidad sino su ficción ya que la «memoria democrática» figurará en los planes de estudio.

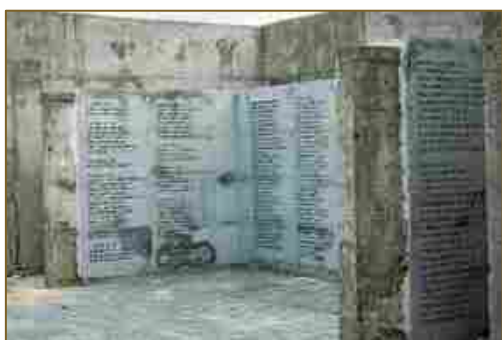
Me sorprende que nunca –o casi nunca– se recuerde una actitud de Largo Caballero que en cualquier democracia supondría su descalificación y desprecio: la planificación y ejecución de la venganza política. He buscado en los siglos XIX y XX y no encuentro antecedentes, y si los hay serán muy escasos, de un presidente del Consejo de Ministros que aproveche su posición para vengar con sangre cuitas políticas y personales.

Como resultado de la acusación al Gobierno de Azaña del capitán Gándara y otros oficiales del Cuerpo de Asalto de ordenar directamente los asesinatos de Casas Viejas en enero de 1933 –«tiros y a la barriga»– el Tribunal de Garantías Constitucionales actuó contra varios miembros del Gobierno, entre ellos Azaña y Largo Caballero. La acusación no prosperó por «defecto de

forma». Gándara y los otros oficiales eran de probada lealtad republicana. Largo Caballero llegó a la presidencia del Consejo de Ministros el 4 de septiembre de 1936; el día 26 Gándara y sus compañeros fueron detenidos por el Comité de Investigación Pública –checa de Fomento– y fusilados.

El juez Salvador Alarcón, injuriado en un debate parlamentario, fue denunciado por «Claridad», del sector caballerista del PSOE, detenido y asesinado en la Casa de Campo. El magistrado Ángel Aldecoa que había juzgado un asunto relacionado con Largo Caballero cuya sentencia no le complació, pagó con el fusilamiento su respeto a la independencia judicial.

El caso más significado de este vengativo Lenin español es el asesinato de Marcelino Valentín Gamazo que siendo Fiscal General de la República –lo era desde 1935– actuó en la causa seguida en el Tribunal Supremo contra Largo Caballero por su participación directiva en el golpe de Estado de octubre de



1934. Pidió para él 30 años de prisión pero Largo Caballero fue absuelto por presiones muy altas. Valentín Gamazo, considerando burlada la Justicia, dimitió y se trasladó a su casa de Rubielos Altos, Cuenca. Hasta allí llegaron desde Madrid unos pistoleros socialistas que le asesinaron en un olivar a él y a sus tres hijos mayores. Los mataron de menor a mayor: Luis Gonzaga de 17 años, Francisco Javier

de 20, y José Antonio de 21. Y por último al padre. Existe el proceso judicial del único asesino identificado, reconocido y detenido en Madrid finalizada la guerra. Hoy constará como una víctima del franquismo.

Sobre la pena de muerte de José Antonio Primo de Rivera, que recuerda Palacios Zuasti, el «enterado» del Consejo de Ministros no existió; llegó antes la noticia del fusilamiento. Conservo una grabación televisiva en la que, en presencia de José Prat, Aranguren y Serrano Suñer, entre otros, Fernández-Cuesta, albacea del fusilado, contó que estando él en la prisión de Valencia el propio Prieto le convocó y le dijo que detrás de la ejecución estuvo Largo Caballero que la adelantó –formaban el Tribunal representantes de partidos del Frente Popular– para que no tuviese que pronunciarse el Consejo de Ministros. Prieto, entre otros, se oponía al cumplimiento de la sentencia. Se provocó un hecho consumado.

A algo de esto me referí en *La memoria prohibida* (*El Debate*, 04-07-2022). Las sangrientas venganzas de Largo Caballero son, como él, Historia.

---

## Solo sí es sí

«Lo que de verdad quiere esta Ley es ir transmitiendo a los ciudadanos la idea de que si existen los delitos sexuales es por culpa del patriarcado»

**Esperanza Aguirre** (*El Subjetivo*)

**E**n un debate que tuvo lugar antes de la elecciones generales de abril de 2019, Cayetana Álvarez de Toledo, entonces candidata del PP por Barcelona, le dijo a María Jesús Montero, entonces y ahora Ministra de Hacienda: «Dice su programa: “garantizaremos con el Código Penal que todo lo que no sea un sí, es un no”. ¿De verdad van a garantizar eso? ¿Penalmente? ¿un silencio es un no? Ustedes dicen que un silencio es un no, y una duda, ¿de verdad van diciendo ustedes sí, sí, sí hasta el final?».

La brillantez dialéctica de la que luego será fugaz portavoz del Grupo Parlamentario Popular en el Congreso queda presente en esta réplica con la que, de una forma un tanto irónica, descalificaba el proyecto de lo que ya se ha convertido en la Ley, que, para los que no lo saben, se llama «Ley Orgánica de Garantía Integral de la Libertad Sexual», pero que ya es conocida, y lo será para siempre, por la abreviatura «ley del solo sí es sí».

Sin embargo esta ley no es para tomársela a risa o para hacer burlas de la



ilimitada, pintoresca y trágica casuística a que puede dar lugar. Esta ley es otra más –y de las más significativas– del proceso que el gobierno Frankenstein (¿habrá que recordar que quien le puso ese nombre fue Alfredo Pérez Rubalcaba?) está llevando a cabo para que en España se cree un entramado legislativo inspirado por lo que para sim-

plificar llamaré ideología del «wokismo».

Cuando en 1989 cayó el Muro quedó meridianamente claro el rotundo fracaso del socialismo real. Ni la Unión Soviética ni sus países satélites, que ocupaban toda la Europa Oriental, donde ese socialismo se había impuesto hasta sus últimas consecuencias, habían conseguido mejorar lo más mínimo el nivel de vida de ese proletariado, en cuyo nombre se había aplicado. Y cuando los «proletarios» de esos países se compararon con los de los países de la Europa libre y capitalista abrazaron con entusiasmo el capitalismo, al mismo tiempo que los trabajadores de los países libres rechazaban cada vez de forma más clara las propuestas de ese socialismo real, es decir, del comunismo, que habían fracasado totalmente.

Aquello les hizo pensar a algunos en el «fin de la Historia» y en el triunfo definitivo de la sociedad abierta, liberal y democrática, donde el Estado de Derecho y la separación de poderes garantizaban la libertad y la propiedad de los ciudadanos, que son el mejor camino conocido para progresar y prosperar.

Sin embargo, todos los enemigos de esa sociedad abierta en la que la libertad y la propiedad están garantizadas, al ver cómo el socialismo había fracasado de manera rotunda, no se dieron por vencidos, sino todo lo contrario. Se precipitaron a buscar nuevos sujetos revolucionarios para acabar con la sociedad

abierta, nuevos sujetos que sustituyeran a los proletarios, que se habían vendido al capitalismo por la sencilla y poderosa razón de que era el sistema que mejor les ayuda a prosperar.

Y creen que los han encontrado en las minorías que, en algún momento de la Historia, han sufrido algún tipo de discriminación o represión: las mujeres, los homosexuales, los pueblos colonizados o las razas que en algún momento o en algún lugar fueron consideradas inferiores.

En las sociedades abiertas y liberales nadie discute que los ciudadanos pertenecientes a esos grupos humanos fueron discriminados en algún momento y que, en ciertos casos, lo siguen siendo. Por eso, son los países donde la libertad y la propiedad están más garantizadas, es decir, en los países capitalistas y libres de Occidente, donde más y mejor se ha avanzado en el reconocimiento de sus derechos y en la reparación de los errores y horrores del pasado. Como, por ejemplo, España.

Pero ahora, los enemigos de la libertad y de la propiedad, los nostálgicos de esa revolución socialista que fracasó, pretenden socavar nuestra sociedad



abierta a base de llevar las legítimas reivindicaciones de esas minorías hasta el extremo de romper con principios esenciales de nuestra sociedad y nuestro Estado de Derecho. Esto se ve claramente en el caso de esta Ley. Por supuesto que

el Código Penal debe castigar –y ya lo hace– con especial dureza los delitos contra la integridad sexual de las mujeres y los menores. Pero basar todo el entramado de esta Ley en el inconcreto concepto del consentimiento explícito hace que toda esa defensa que pretende contener acabe siendo algo indeterminado y de difícil o imposible determinación.

Pero eso a Frankenstein le da lo mismo, porque lo que pretende no es la protección de los agredidos sexualmente, sean mujeres, niñas, niños o, incluso, hombres, lo que de verdad quiere esta Ley es ir transmitiendo a los ciudadanos la idea de que si existen los delitos sexuales es por culpa del patriarcado que impera en las sociedades libres, herederas de una tradición para ellos nefasta, y con el que hay que acabar.

---

## ¡No dejes entrar al viejo!

Esa es la respuesta que le dio el admirado y nonagenario actor Clint Eastwood al cantante de country Toby Keith, cuando éste le preguntó que cuál era su



secreto para seguir activo y brillante a su edad, y que lo inspiraron a componer la canción «Don't Let the Old Man In» (No dejes entrar al viejo), dedicada al legendario actor.

@... (Ricardo Martínez)

**C**uando me levanto todos los días, no dejo entrar al viejo. Mi secreto es el mismo desde 1959: mantenerme ocupado. Nunca dejo que el viejo entre en casa. He tenido que sacarlo a rastras, porque el tipo ya estaba cómodamente instalado, dándome el coñazo a todas horas, sin dejarme espacio para otra cosa que no fuera la nostalgia. Hay que mantenerse activo, vivo, feliz, fuerte, capaz. Está en nosotros, en nuestra inteligencia, actitud y mentalidad. Somos jóvenes, con independencia de nuestro DNI. Hay que aprender a luchar por no dejar «entrar al viejo».

Ese viejo que nos aguarda, apostado y cansado a la orilla del camino para desanimarnos.

No dejo entrar al espíritu viejo, al criticón, hostil, envidioso, a ese ser que escudriña en nuestro pasado para anudarnos de quejas y remotas angustias, o de traumas revividos y de olas de dolor.



Hay que darle la espalda al viejo murmurador, lleno de rabia y quejas, de falta de valor, que se niega a si mismo que la vejez pueda ser creativa, decidida, llena de luz y de proyección.

Envejecer puede ser agradable, e incluso divertido, si sabes cómo emplear el tiempo, si estás satisfecho de lo que has logrado y si sigues conservando la ilusión, añade Clint Eastwood, una leyenda que lleva diez candidaturas al Oscar, de las que ha ganado cuatro estatuillas. Todas ellas después de haber cruzado el umbral de los sesenta. A eso se le llama «no dejar entrar al viejo a casa».

Envejecer puede ser agradable, e incluso divertido, si sabes cómo emplear el tiempo, si estás satisfecho de lo que has logrado y si sigues conservando la ilusión, añade Clint Eastwood, una leyenda que lleva diez candidaturas al Oscar, de las que ha ganado cuatro estatuillas. Todas ellas después de haber cruzado el umbral de los sesenta. A eso se le llama «no dejar entrar al viejo a casa».

---

## El precipicio educativo

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

**A**clés, el Escorial manchego, es un imponente monasterio que, durante sus gloriosos siglos como cabeza de la Orden de Santiago, fue un centro de actividad bulliciosa. Hoy está infrautilizado por un puñado de chavales de la comarca que estudian, comen y duermen allí. Quizá sea éste el síntoma más evidente del fin de eso que antaño se llamó Cristiandad y hoy a duras penas podemos seguir llamando Europa: ya no hay niños para seguir teniéndola en pie.

Durante mi recorrido por aquellos pasillos casi desiertos, me llamó la atención un aula por cuyas paredes se desplegaba una especie de tapiz de Bayeux en el que, en vez de las hazañas de Guillermo el Conquistador, se relataba la historia universal dividida en tres franjas cronológicamente coincidentes: la historia de España, la del mundo y la de la Iglesia. De ese modo los alumnos podían orientarse sobre los hechos políticos, culturales y religiosos comprendiendo más fácilmente su encaje con el resto de las cosas que sucedían al mismo tiempo en los ámbitos descritos en las tres franjas.

Ante aquel magnífico panel se me ocurrió que con él se podría hacer una prueba de conocimiento de eso que antes se llamaba cultura general y que debiera ser superada por todo aquel que aspirase a acceder a la universidad, tanto a las carreras de letras como a las de ciencias. Y lo mismo debería ha-



cerse, por supuesto, con los conocimientos esenciales en biología, física o matemáticas, sin los cuales tampoco debiera llegar nadie a los estudios superiores aunque fuese a dedicarse a estudiar derecho o filosofía.

No se debería tolerar que una persona incapaz de ubicar cronológicamente los

hechos esenciales de la historia o ignorante de los conocimientos mínimos de la cultura y la ciencia pueda acceder a unas instituciones educativas que deberían estar reservadas para los verdaderamente capaces e interesados. Pero como se tolera, y como el contenido de los estudios universitarios se parece cada día más al de la antigua educación primaria, tenemos la sociedad que tenemos, cada día más analfabeta y al mismo tiempo más convencida de ser «la más preparada de la historia». Y las consecuencias están siendo sufridas por millones de ciudadanos condenados a ser tratados, educados, atendidos, asesorados, empleados, dirigidos, administrados, sanados y gobernados por una multitud de personas incapaces de alcanzar unos mínimos requisitos de formación humana y académica.

Desde la aprobación de la nefasta LOGSE en los ya lejanos años del felipato, la educación en España se ha despeñado por un precipicio sin fondo mientras el partido de la llamada derecha, incapaz de mover un dedo, confirmaba una vez más su condición de alineación suplente del PSOE.

La nueva oleada destructiva aprobada por el Gobierno ha demostrado que todavía no hemos alcanzado el fondo del precipicio: eliminación de exámenes y calificaciones, posibilidad de pasar de curso a pesar de los suspensos, eliminación de toda la historia anterior a 1812, enseñanza de la misma por bloques temáticos en vez de por orden cronológico (¿cómo se puede comprender la historia sin fechas?), enfoque ideológico de cualquier asignatura, etc. Respecto a la historia, no podía faltar el especial énfasis en la interpretación

ideológica de la guerra del 36, quizá para compensar el olvido de los dos milenios anteriores (¿no es el desarraigo una de las condiciones primordiales del progresismo?). Por lo que se refiere a la lengua, lo importante ya no será expresarse con corrección semántica y sintáctica, sino «el uso ético del lenguaje que ponga las palabras al servicio de la convivencia democrática, la resolución dialogada de los conflictos y la construcción de vínculos personales y sociales basados en el respeto y la igualdad de derechos de todas las personas». También aparece una nueva asignatura, *Educación en valores cívicos y éticos*, apenas influida por la ideología del Gobierno social-comunista: ha de servir para «tomar consciencia de la lucha por una efectiva igualdad de género y del problema de la violencia y explotación sobre las mujeres, a través del análisis de las diversas olas y corrientes del feminismo



y de las medidas de prevención de la desigualdad, la violencia y la discriminación por razón de género y orientación sexual, mostrando igualmente conocimiento de los derechos LGTBIQ+ y reconociendo la necesidad de respetarlos». Y todo ello, por supuesto, regado con las inevitables referencias a la sostenibilidad, el ecofemini-

nismo, la perspectiva de género y demás bobadas.

En resumen, una explosiva mezcla de ignorancia y pensamiento único de la que brotan y seguirán brotando millones de clones incapaces de regir sus vidas con dignidad y de desarrollar sus trabajos con eficacia pero capaces de elegir y de ser elegidos. El paraíso final del progresismo. ¡Ignorantes del mundo, uníos!

---

## Las espadas

Sertorio (*El Manifiesto*)

Jris Speroni (a quien recomiendo que sigan en *Restaurar.arg*) ha escrito un buen artículo en *El Manifiesto* sobre las independencias americanas, en el cual no cree que la influencia inglesa sea determinante durante aquel período. No opino lo mismo, pues sin el apoyo financiero y naval de los británicos la superioridad material de los insurgentes sobre los realistas no habría sido tanta. Si, por ejemplo, repasamos la vida de San Martín, nos encontramos indicios que revelan el determinante papel británico: con la excusa de un viaje a Lima, donde no tenía ni bienes ni familia, José de San Martín marcha de la España arrasada por las tropas de Soult a Inglaterra y de ahí aparece en Buenos Aires en 1812, a bordo de la fragata inglesa George Canning, enviado por Londres junto con otros compañeros de viaje, como Alvear,

con el fin de independizar las provincias del virreinato del Río de La Plata. La financiación del viaje corrió a cargo de James Duff, conde de Fife y prominente masón. Durante sus campañas tiene a su lado a amigos como el turbio espía James Paroissien, el comodoro William Bowles, William Miller, Heywood y O'Brien. El primer empréstito argentino es otorgado por la banca Baring, gracias a las gestiones de William y John Robertson, que acompañaron muy de cerca a San Martín en sus andanzas. El Libertador estuvo, más aún que Bolívar, rodeado siempre de ingleses en su círculo militar y personal. En el aspecto económico, la prosperidad del comercio británico en aquellos años condujo a los especuladores de la City a una expansión del crédito a los insurgentes americanos, que movió grandes cantidades de dinero en bonos de deuda de los nuevos estados –incluso del inexistente Poyais– que prometían



altas tasas de interés y cuyo impago estará en el origen del pánico financiero de Londres en 1825.

En general, estoy de acuerdo con el artículo, pero creo que hay matices en la política española de ese tiempo que desde América, heredera de los principios liberales y republicanos, son difíciles de comprender. Las independencias se estudian en España (cuando se estudian) como un proceso común a todas las naciones americanas y son, sin embargo, muy diferentes, pero todas se enmarcan en una serie de guerras civiles. En el virreinato del Río de la Plata se produjeron

hasta independencias de la independencia, como las de Paraguay y la Banda Oriental. En la Nueva España, la separación llega por los propios realistas, que no querían aceptar la Constitución de Cádiz. En Venezuela, Bolívar inició un cataclismo social que arruinó a la sociedad mantuana de la que provenía y degeneró en una devastadora guerra de castas, en la que negros e indios lucharon por Fernando VII en las huestes del coronel Boves, uno de los guerreros olvidados de España, que en ese tiempo todavía generó hombres de gran temple, como el virrey La Serna, el general Calleja o el infortunado Santiago de Liniers, de quienes aquí ya nadie se acuerda. Tampoco se debe obviar el afán básico de las oligarquías de la emancipación americana: comerciar libremente con los ingleses y apoderarse de las tierras del clero y de la Corona. Tenemos procesos diferentes y conclusiones diferentes: no es lo mismo la espada de Bolívar, manchada con la sangre de indefensos civiles españoles, que la de San Martín (que en 1812 tenía más de español que de americano) o la de Iturbide.

Coincido con Iris Speroni en varias de sus conclusiones, en especial cuando afirma que la casa de Borbón ha resultado nefasta para España y que, después de las abdicaciones de Bayona, ni Carlos IV, ni Fernando VII, ni sus descendientes eran dignos de seguir reinando. Pero eso es juzgar a la España de 1808 con los criterios del siglo XXI. Por muy detestables que fueran los Borbones –que lo fueron, lo son y lo serán–, España en 1808 se definía como un país esencialmente monárquico y religioso (lo sigue siendo de manera instintiva), donde lo más importante era mantener la integridad y la pureza de la fe católica y donde la Inquisición gozaba de gran popularidad, aunque había quedado reducida en el siglo XVIII a poco más que a un servicio de censura de libros y de disciplina eclesiástica, pero que podía dar zarpazos temibles, como sucedió con Olavide. La imposición en 1808 por parte de los franceses, ateos y regicidas, de un soberano de pacotilla, sublevó a nuestros tatarabuelos al margen de toda prudencia política y personal. No fue un alzamiento «nacional» en el sentido moderno en que hoy lo entendemos: la gente se alzó por el Trono y el Altar, aleccionada por el clero, espantada por los crímenes de la Revolución y guiada por un instinto infalible, que advertía a nuestros antepasados que España se iba a convertir en una colonia del imperio napoleónico. Los propósitos modernizadores de José Bonaparte, que tanto se elogian hoy, eran genuina contrapropaganda en su tiempo para un pueblo tradicionalista, que odiaba las innovaciones (la expresión «sin novedad» sigue aún hoy teniendo un significado positivo). La Guerra de Independencia fue un fenómeno premoderno que trató de aprovechar en su beneficio el sector ilustrado, extremadamente minoritario dentro del país. Sin duda, Napoleón cometió una gigantesca metedura de pata al enredarse en el laberinto español, país que era un socio fiel y que jamás le hubiera causado problemas. No quedó más remedio que prescindir de nuestra aliada tradicional, Francia, y pelear en el bando de nuestra peor enemiga, que no iba a desaprovechar la ocasión para crearnos el mayor daño posible. A Fernando VII no le repusieron en el trono las potencias extranjeras, El Deseado lo fue por un pueblo entusiasta y por su gobierno liberal, que en 1813 negoció con Francia el tonto Tratado de Valençay, en el que el retorno de ese príncipe fue lo único que le exigía España a Bonaparte, quien se aprestaba a defender las ruinas de su imperio frente a toda Europa. Hay que recordar que la Guerra de Independencia fue una Totaler Krieg preindustrial, en la que la economía española quedó arruinada y se perdieron cientos de miles de vidas, no sólo por los combates, sino por la hambruna de 1811 a 1812.



El primer país que derrotó al Gran Corso no obtuvo la menor ventaja del Congreso de Viena, salvo el dominio temporal de Lucca para la hermana de Fernando VII, la duquesa viuda de Parma. Todo dentro de la tradicional ineficacia diplomática española, que inauguró el marqués de Labrador en 1814 y sigue hoy en gloriosa floración de provincianos dislates, capitulaciones humillantes y costosos «arreglos».

Desde un punto de vista puramente estratégico, los afrancesados tenían razón, la alianza con Bonaparte era preferible a cualquier trato con el inglés. Pero los gabachos amenazaban la integridad de la Religión y de la Monarquía, la herencia de los Reyes Católicos, y eso estaba muy por encima de los cálculos de los Mazarredo, Cabarrús y Urquijo, hombres de gran valía e inteligencia, pero que menospreciaron el sentir de su pueblo y pensaban –como hacemos los hombres modernos– en España como una entidad geopolítica con intereses propios, no como en la encarnación de unos principios religiosos y dinásticos. La Constitución de Cádiz, cuya leyenda dorada se extiende también a América, la aprobó un sector minoritario de los españoles, en el que los miembros de la burguesía liberal gaditana usurpaban la representación de los diputados ausentes: en ese sentido fue la Constitución de Cádiz, no de España; además, se impuso de forma autoritaria a la oposición y fue aborrecida por el pueblo desde el mismo instante de su puesta en vigor. Cuando Fernando VII la suprimió de un plumazo y sin la menor resistencia, en 1814, obedecía a un amplio consenso popular. Lo mismo sucedió con el experimento del Trienio Liberal (1820-1823): los Cien Mil Hijos de San Luis, que envió Francia para acabar con el experimento constitucional –muchos de ellos veteranos del ejército de Napoleón–, fueron recibidos como redentores por



el pueblo que diez años antes les había combatido a muerte, y los liberales no pudieron resistir debido a la aversión de unas masas que les aborrecían. Fernando VII, Rey por la Gracia de Dios, tenía toda la tradición legitimista de su lado al no aceptar un trono que venía de la Constitución del 12; igual que el rey de Prusia se negó a aceptar en 1848 un imperio alemán manchado por el barro de las barricadas y el conde de Chambord prefirió no reinar en Francia antes que aceptar la bandera tricolor. El principio monárquico estaba demasiado vivo en 1816 como para aceptar una corona que venía de la revolución y, encima, la carta gaditana atentaba contra los fueros vascos y navarros, regiones que destacaban entonces por su lealtad a la Corona. Será en

1820, y a la fuerza, de ahí el famoso Trágala, cuando el Rey Felón se vea obligado a jurar (y perjurar) el código de 1812. En la Nueva España –verdadero centro del poder de la Monarquía en América, un imperio dentro del imperio–, las élites mejicanas rechazaron la revolución, a la que habían combatido en las personas de Hidalgo y Morelos, y se separaron de España, precisamente por culpa de su liberalismo, en 1821.

Ya en el siglo XVIII se pensó en dividir los virreinos en imperios, en los que se instalaría a infantes de España, pero esa medida era imposible por un principio esencial de la Monarquía tradicional: la integridad de su patrimonio. Pero la idea de una independencia futura se dibujaba incluso entre los golillas de la monarquía regalista. Es un lugar común afirmar que Carlos III fue el mejor de los Borbones. Quizás quien merece ese título es Luis I, que sólo reino

unos meses. De todas formas, hay que reconocer que Carlos III tenía un dilema muy grave: para mantener la monarquía en ambos hemisferios hacía falta una potente flota. Para mantener una potente flota hacía falta mucho dinero. Y para obtener ese dinero hacía falta una racionalización económica. Las reformas y el regalismo de su reinado obedecen a esa lógica: el rey tenía que centralizar y aprovechar todos los recursos de sus dominios. Y lo hizo, al precio de romper el tejido espiritual de la América Española, intacto desde el tiempo de los añorados Austria, algo en lo que también coincidió completamente con Iris Speroni. Pero la preferencia por la Flota obligó a gastar poco en el ejército; Prusia o Austria, países más pequeños que la España del XVIII, disponían de ejércitos más potentes: en la batalla de Jena (1806), Prusia empleó más de cincuenta mil soldados, por ejemplo. Castaños, en Bailén, no llegará a treinta mil entre la tropa de línea del Campo de Gibraltar, el ejército más poderoso de España, y los miles de voluntarios andaluces. Por eso, la



alianza de los pactos de familia con Francia tenía, entre otros fines, defender los intereses europeos de España con el apoyo del poder militar terrestre de los Borbones de Versalles. Las guarniciones españolas eran, en general, poco numerosas y se tenían que auxiliar por milicias, como las que defendieron y reconquistaron Buenos Aires, que tenían fuertes contingentes de peninsulares. De todas formas, dice

bastante del gobierno virreinal en América el que con tan escasa tropa se mantuviese un dominio tan amplio durante generaciones: en 1808, el inmenso imperio novohispano (desde California hasta Panamá, desde Manila a La Habana) contaba sólo con cuarenta mil soldados de línea. La situación llegó a tal extremo que una de las urgencias de la privanza de Godoy fue tratar de reforzar el ejército.

Surgidas, como en España, para defender los derechos del Trono y del Altar, las juntas americanas tuvieron una suerte diferente porque allí los liberales lograron lo que no consiguieron sus correligionarios españoles: derribar la sociedad tradicional después de una larga y cruenta guerra civil. Un proceso semejante acabará por imponer a la oligarquía liberal en la península, pero en 1833 y sólo gracias a la división de los monárquicos en dos facciones, tras originar siete años de hostilidades de la élite contra un pueblo aislado y sin recursos. Al revés de lo que sucedió en los antiguos virreinos americanos, la defensa de la legitimidad fue más obstinada y la dinastía usurpadora no se consolidará hasta vencer en 1876 a Carlos VII. Posiblemente Rosas, en Argentina, y Gabriel García Moreno, en Ecuador, fueran una última supervivencia de ese espíritu tradicional en América.